Gobernanza y seguridad internacional: repensando el mundo contemporáneo

César Augusto Niño González*

Introducción

Gracias a las crisis las sociedades avanzan. No obstante, los periodos de crisis prolongados denotan fracturas y fallas sistémicas que, si bien logran replantear las reglas de juego contemporáneas, suscitan grandes fisuras por las cuales el fracaso puede ser el punto de partida y llegada de grandes desaciertos en el orden internacional.

Teniendo en cuenta lo anterior, bajo la lupa de la seguridad internacional, esta se ha visto involucrada en lógicas críticas sobre la gobernanza debido a la constante transformación del mundo actual. En ese sentido, transcurrida la primera década del siglo XXI y la aparición de nuevos actores en la arena internacional, las instituciones multilaterales que tienen como objetivo principal la seguridad de sus Estados miembros y la protección de sus zonas de alto interés han sido negativamente percibidas por su desempeño, y no es extraño que se refieran a ellas como instituciones en crisis (Querejazu, 2012).

Conjugar dos elementos cruciales como la seguridad y la gobernanza, en principio, obligan a definir dos términos altamente multidimensionales. Por un lado, las nociones sobre seguridad en torno a elementos militares y no militares, simétricos y asimétricos, regulares e irregulares, dinámicas securitizadoras, objetos referentes

* Ph.D. en Cuestiones Actuales del Derecho Español e Internacional de la Universidad Alfonso X el Sabio de España; magíster en Seguridad y Defensa Nacionales de la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto” de Colombia y profesional en Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Sergio Arboleda. Profesor de la Escuela de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Sergio Arboleda. Correo electrónico: cesar.nino@usa.edu.co

a “asegurar”, amenazas, riesgos y problemas, para entender que se extrapola su naturaleza más allá de cuestiones netamente estatales. Por el otro, el concepto de gobernanza que por décadas se ha intentado definir bajo diferentes aristas desde lo estatal hasta el plano internacional, partiendo del hecho del papel y la responsabilidad de las instituciones en las reglas de juego sobre la arquitectura política. La gobernanza y la seguridad prometen una simbiosis existencial que se soporta en los patrones y directrices sobre el “qué” y el “cómo” en el funcionamiento del propio sistema internacional. El rol de los actores, la confluencia de las amenazas, la debilidad de las instituciones, la mutación de los fenómenos internacionales en materia de seguridad obligan a que la gobernanza y la seguridad internacional se repiensen constantemente para solventar la arquitectura del mundo contemporáneo. No obstante, es necesario advertir que la gobernanza, desde el punto de vista sistémico, comprende grandes fallas y vacíos que se presentan a continuación.

La gobernanza en la seguridad y la seguridad de la gobernanza: cuestiones críticas al sistema

La gobernanza en la seguridad es un concepto reciente en la arena de las relaciones internacionales y muestra la gradual fragmentación de las estructuras de autoridad relativas a la seguridad internacional (Flemes y Radseck, 2012). El fin de la Guerra Fría significó un reacomodamiento tectónico de la noción de seguridad y, por ende, de la gobernanza en la seguridad. Los cambios en las instituciones que soportan el andamiaje de los regímenes internacionales de la seguridad lograron una significativa transformación por las propias dinámicas internacionales, por la noción de amenaza, los nuevos actores, las “nuevas-viejas amenazas” y el concepto de *amigo y enemigo*.

Teniendo en cuenta lo anterior, la ausencia de una amenaza militar unificadora y la posterior ampliación de la noción de seguridad de los Estados a nuevas dimensiones han llevado a la creciente ruptura y atomización del engranaje institucional de la seguridad internacional desde el comienzo de la década de los noventa (Krahmann, 2003). En efecto, es viable advertir tres variables teóricas para los análisis de la gobernanza en la seguridad y de la seguridad en la gobernanza, que dejan un rico debate conceptual, práctico y de toma de decisiones: 1) el equilibrio de poder; 2) regímenes de seguridad; 3) comunidades de seguridad (Krahmann, 2003, p. 6), y 4) indeterminación de los objetos referentes de la seguridad.

En términos de equilibrio de poder, es menester ahondar en la estructura y en el centro de gravedad conforme a la seguridad internacional. Como primera variable, en el análisis de la gobernanza en la seguridad, Esther Barbé (1987) parafrasea a

Henry Kissinger (1973, p. 190) aludiendo a que la seguridad del orden internacional se encuentra circunscrita en el balance de fuerzas y en su expresión, el equilibrio. Lo anterior sugiere que la variable del equilibrio de poder contempla que la seguridad es mayor cuando la capacidad militar se distribuye, de modo que ningún actor estatal es lo suficientemente fuerte como para dominar a todos los demás (Kegley y Wittkopf, 2005).

De tal manera, el concepto formula una noción aplicable a la coexistencia de las grandes potencias y deja de lado las dinámicas propias en la construcción del equilibrio de poder en la periferia. Adicionalmente, esta primera variable deja espacios vacíos en la concepción de la seguridad internacional desde un lente multidimensional en el cual los actores ya no son exclusivamente estatales.

Empero, la arquitectura teórica sobre la variable del equilibrio de poder tradicional atribuye elementos para entender un mundo anacrónico y obsoleto. Es decir, la lógica sistémica de la rivalidad de fuerzas, en la cual el sistema tradicional de Estados se encontraba en un punto equilibrado para eliminar los riesgos en futuros enfrentamientos militares que rompieran la estabilidad imperante, se separa de toda construcción real en el mundo contemporáneo.

De hecho, la seguridad internacional atraviesa una crisis de redefinición e incluso de des-definición que pone sobre la palestra cuestiones vitales como la propia distribución caótica del poder, la subalternidad de los fenómenos y los nuevos-viejos actores. No obstante, perduran ciertos elementos rígidos en el juego por la primacía y supremacía de las potencias en el orden internacional.

Teniendo en cuenta lo anterior, como lo expone Wilkinson (2007), lejos de atestiguar un fortalecimiento de instituciones multilaterales y de integración con sinergia de políticas globales en aras de la gobernanza internacional en aspectos de seguridad, la realidad está en que hay un endurecimiento del sistema tradicional de Estados, una rigidez en la construcción de la gobernanza y una volatilidad de fenómenos que escapan a lo anterior.

Otra variable es que los regímenes de seguridad en la gobernanza manifiestan un corolario ineludible: la intención de crear reglas de juego para un sistema seguro. Los regímenes de seguridad se conciben como conjuntos de principios, normas, reglas y procedimientos de toma de decisiones en torno a los cuales las expectativas de los actores convergen en el área de la seguridad (Krasner, 1983). No obstante, la hipótesis en la cual se argumenta que gracias a estos mecanismos las tensiones y la gobernanza dentro del sistema tendería a ser óptima no es tan cierta, por lo menos no totalmente.

Las fisuras del andamiaje son espacios estratégicos que llevan a las fallas sistémicas en la arquitectura del mundo contemporáneo. Así, concerniente a la dimensión de la seguridad, los vacíos en cuanto a los regímenes dejan en evidencia la incapacidad, desde la convencionalidad, de atacar y solventar las amenazas, los riesgos y los

problemas a la seguridad internacional. Susane Strange (2009) identifica críticamente “los dragones de los que hay que cuidarse” en cinco reflexiones sobre el problema de los regímenes internacionales y en especial en los que atañen el espectro de la seguridad (figura 1).

Figura 1. Cinco críticas a los regímenes internacionales

El primero de los dragones de Strange, referente a la “moda pasajera”, critica a los regímenes internacionales, la gobernanza y la arquitectura de esta, tratándose de una visión netamente pasajera. A decir verdad, la gobernanza tiende a ser una manía en las reflexiones académicas occidentales, en las cuales el choque tectónico entre oriente y occidente es evidente por la brecha en la noción sobre cómo debe construirse la hoja de ruta para la seguridad internacional en este caso específico.

La literatura y las propuestas sobre regímenes internacionales y gobernanza son exclusivamente eurocéntricas y estadounidenses. Lo anterior refleja una subjetividad teórica y conceptual que ha constreñido y limitado ciertos aspectos estructurales en los cuales los vacíos proporcionan inestabilidad e inseguridad en las relaciones internacionales.

Los europeos interesados en los asuntos de estrategia y seguridad no son habitualmente los mismos que aquéllos que escriben sobre las estructuras que afectan al desarrollo económico, el comercio y el dinero, o que lo hacen con las perspectivas de determinadas regiones o sectores. Incluso el futuro de la propia Europa nunca dominó los intereses de un grupo tan extenso de académicos en Europa como sí hizo, por un tiempo, en la comunidad académica americana. (Strange, 2009, p. 127)

De hecho, hay debates internos en las academias europeas y estadounidenses, lo cual genera cortos circuitos y divergencias en los postulados arquitectónicos para establecer un sistema de regímenes robusto. En los asuntos de seguridad, las cuestiones tienden a ser más disímiles y ambiguas. La construcción de instituciones y organizaciones de seguridad como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) y la Política Común de Seguridad y Defensa de la Unión Europea (CSDP) son actores clave en la dinámica de la seguridad europea. No obstante, la divergencia fenomenológica, de intereses, de concepción de riesgos, problemas y amenazas, ha creado un espacio indefinido rodeado de incertidumbres estratégicas que limitan las acciones concretas y que deja fisuras y grietas en la gobernanza para la seguridad. Asuntos como los conflictos congelados y el terrorismo en el continente son una muestra de que, por más instituciones creadas en aras de la seguridad continental, no significa que haya mayor eficiencia y eficacia para resolver los conflictos en materia de seguridad.

El segundo dragón tiene que ver con que el concepto y definición de *regímenes* es vago e impreciso. En la gobernanza para la seguridad y la seguridad en la gobernanza, las imprecisiones son “caldos de cultivo” para desaciertos y limitaciones peligrosas para hacer frente a los retos de la seguridad contemporánea. Por ejemplo, al juntar dos imprecisiones, por ejemplo la propia de regímenes internacionales para la seguridad como la de la noción de amenazas, se genera un hoyo negro donde las salidas en falso pueden ser más catastróficas que los propios peligros de la seguridad internacional.

Régimen es más un concepto vago que una fértil y adecuada fuente de discusión, y esto es por el sencillo hecho de que la gente y los autores quieren decir cosas distintas cuando lo usan (Strange, 2009). Desde esa lógica, *seguridad* también es un vocablo vago e indeterminado (Department of Disarmament Affairs, 1986). Es uno de los conceptos que mayores interpretaciones y nociones tiene dentro de las relaciones internacionales, la ciencia política, la polemología, la sociología y los estudios militares. Dependiendo del paradigma teórico, su significado y alcance varían. Ahora bien, se suma un tercer elemento al conjunto de indeterminaciones y ambigüedades conceptuales, el de *gobernanza*. Este tiene dificultades de precisión tanto en el orden estatal, como en el internacional, y en efecto sobre su alcance y naturaleza.

Tres grandes indeterminaciones que sumadas generan incongruencias, salidas conceptuales en falso y dimensiones indefinidas. Los tres conceptos mencionados anteriormente configuran un andamiaje impreciso sobre el constructo de gobernanza en la seguridad. En efecto, cuando de seguridad y gobernanza se trata, las sensibilidades y vulnerabilidades del sistema internacional denotan un grado de subjetividad referente a la “idea” de seguridad y gobernanza dentro de Occidente.

Como tercera crítica, el concepto es peligroso y tendencioso en sí mismo. El término régimen está cargado de connotaciones; implica ciertas cosas que no deben ser dadas por hecho (Strange, 2009). La deducción en cuestiones de gobernanza en asuntos de seguridad puede ser peligrosa si no se tienen en cuenta elementos estructurales y particulares de cada caso. Es incluso tan alto el grado de peligrosidad que meter en un mismo conjunto de análisis a varios elementos y fenómenos del sistema puede producir riesgos y amenazas venideras, las cuales son en ocasiones inatajables para los operadores de seguridad oficiales.

Esta crítica evoca un repensamiento del mundo contemporáneo, al menos en términos de seguridad. Sumado a las dos críticas anteriores, las indeterminaciones, lo tendencioso de las palabras en cuanto a la semántica y la *fashion-gobernanza* en dinámicas de la seguridad representan inicialmente cortos circuitos. Significa, entonces, que bajo el prisma de la seguridad internacional y la gobernanza global, los responsables tradicionales de la seguridad son exclusivamente los Estados (Núñez y Rey, 2009), pero las amenazas y los problemas parecen desbordar su capacidad y aunque resulta cada vez más difícil hacerles frente desde la vía convencional, la peligrosidad de la propia naturaleza del sistema hace que las amenazas vayan más rápido que los Estados.

Así las cosas, la cuarta dimensión crítica motiva la distorsión al enfatizar lo estático e infravalorar el elemento dinámico de cambio en la política mundial (Strange, 2009). La política mundial es dinámica por naturaleza y, por lo tanto, la estructura al tender a la rigidez se fisura y fractura en elementos estructurales propios de la gobernanza, como el desplazamiento tectónico de los asuntos internacionales, la volatilidad de las agendas estatales, la securitización de los elementos, el auge de factores no convencionales como el terrorismo y el crimen organizado, la proliferación de potencias emergentes y de actores en emergencia, entre otros.

Teniendo en cuenta lo anterior, el sistema internacional, y sus reglas propias del juego de cohabitacionalidad de los actores, se circunscribe, según Luis Dallanegra (2007), en macro y microetapas. A saber, las macroetapas se caracterizan por periodos de relacionamiento en los que un tipo de actor es el dominante; por ejemplo, en los últimos 350 años el Estado-nación. Significa, entonces, que la estructura internacional es guiada por criterios que están determinados por la configuración del poder, y según Dallanegra estos criterios son microetapas. Es decir, la gobernanza depende del contexto, de la circunstancialidad fenomenológica y del dinamismo de los actores.

Es menester advertir sobre siete características principales en las cuales las macro y microetapas se condensan para darle un grado certero de distorsión propia de los regímenes internacionales, la gobernanza y la seguridad que de allí se desprende en el siglo XXI.

Tabla1. Distorsiones de los fenómenos y regímenes internacionales

Característica	Descripción del fenómeno
Multiplicación de actores	Heterogeneidad de actores en el sistema. Más allá de los Estados y de las dinámicas convencionales, se encuentran actores y fenómenos irregulares y no convencionales que ostentan cierto grado de poder.
Cambio del tipo o naturaleza de actores	Está la proliferación de Estados-nación, a la vez que una generación de disfunciones en la forma de operar el Estado-nación y en la “gobernabilidad” en el interior de este, sino también una proliferación de actores transnacionales de diferente tipo, capacidad e incidencia.
Alto índice de transnacionalización	Los actores transnacionales no solo operan como grupos de presión en el marco estatal, sino que además han alcanzado la capacidad de operar como factores de poder en el sistema internacional.
Distinta operabilidad del sistema	El interrelacionamiento e intercondicionamiento característico del Sistema se ha hecho más complejo debido a la proliferación de unidades intervinientes y a su heterogeneidad.
Modificación de pautas territoriales y de soberanía	Se vincula con la seguridad, que desde la Paz de Westfalia ha estado relacionada a la soberanía, la territorialidad, el imperium. Con el desarrollo de la tecnología misilística intercontinental la capacidad de control satelital, e incluso Internet, las fronteras dejaron de ser “cercos” de seguridad para los Estados-nación.
Complejidad de la estructura internacional	El creciente número y heterogeneidad de actores complejiza el funcionamiento, a la vez que se observa que el Estado-nación va cediendo espacio a actores transnacionales en la toma de decisiones y en la generación de reglas.
Inexistencia de correspondencia entre la institucionalización y la estructura de poder	Si bien ciertos organismos internacionales contemplan la existencia e incidencia de los actores transnacionales, esto no refleja la estructura mundial en su funcionamiento.

Finalmente, el quinto dragón de Strange es la característica reduccionista de los regímenes internacionales. Como se ha expresado en líneas anteriores, hay un gran cúmulo de cuestiones estructurales que llevan a un repensamiento del mundo contemporáneo circunscrito, especialmente en la gobernanza y la seguridad internacional. La gobernanza en materia de regímenes internacionales de la seguridad está anclada en un paradigma estatocéntrico que limita la visión de una realidad más amplia (Strange, 2009).

La principal debilidad que enfrenta la gobernanza es precisamente el estatocentrismo que la caracteriza. De tal manera, el Estado elabora con base en sus propias

experiencias sus propios actores y, en efecto, sus dilemas internos de seguridad (Niño, 2017, p. 52). Conforme a lo anterior, el Estado y la estatalización de la seguridad y de la gobernanza son errores estructurales, debido a que el Estado no puede ser objeto referente ni referenciador simultáneamente. Es decir, el conjunto de Estados no puede construir reglas de juego cuando los actores de este no son solamente Estados. Su alcance se ve limitado, impreciso y contradictorio.

Por ejemplo, según Dallanegra (2007), la arquitectura internacional y la gobernanza de la seguridad no han tenido suficientes instrumentos, más allá de las lógicas legales, para poner fin a las crisis de Ruanda, expansionismo del autodenominado Estado islámico, el exterminio de la población siria por parte del régimen de turno o arbitrar los conflictos entre Rusia y las exrepúblicas soviéticas, entre otros. Significa que el modelo estructurado desde estatocentrismo refleja una mirada reduccionista, simplista y ciega frente a la realidad de la seguridad internacional. De hecho, por más que existan reglas de juego definidas, no significa que haya cumplimiento de estas ni apego a las reglas por parte de los actores del sistema.

Occidentalización de la seguridad y gobernanza, los problemas desde la periferia

Los problemas y los asuntos internacionales evolucionan más rápido que las respuestas estatales a ellos. La proliferación de actores y la multiplicidad de variables que forjan la arquitectura del sistema internacional y, por ende, una estructura de gobernanza que enmarca las reglas de juego para actuar conforme a ellas no son directamente proporcionales a las realidades globales en materia de seguridad. La seguridad y sus regímenes han tenido una errónea connotación occidental sobre los problemas y las amenazas, de hecho, se han securitizado fenómenos aludiendo a las nuevas amenazas; un error estratégico importante.

El estudio de la seguridad ha sido primordialmente una preocupación occidental (Cruz, 2013). La Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial dejaron parámetros mínimos y máximos en los cuales la coexistencia entre Estados determina el grado de seguridad del mundo. Por un lado, la evolución conceptual de desdibujar la clásica noción reducida de la guerra a una ampliación de la agenda en sentidos militares y no militares de la seguridad, el punto gélido de la mutua destrucción asegurada en la Guerra Fría en dinámicas nucleares, la tercerización de la fuerza, la mercenerización de los conflictos, la violencia de grupos subversivos, las metodologías de los grupos terroristas, la migración irregular, la seguridad humana y los desastres medioambientales y las condiciones alimentarias han construido un complejo panorama de la

seguridad internacional. Es un conjunto de variables que fuerza a la fábrica de regímenes de la seguridad con un amplio espectro sobre la cual formular reglas. Cuanto más amplio sea el espectro, más difícil es para hacer cumplir las reglas.

La seguridad estuvo atada durante el siglo xx a una dinámica disyuntiva entre amenazas, riesgos y peligros, todos de corte militar y de carácter existencial. En esencia, incluyendo la seguridad nacional, estuvo circunscrita entre las variables de tensión con Estados Unidos y la Unión Soviética. Esto refleja de manera clara que desde Occidente la seguridad se convirtió en una “obsesión” de los Estados y, de ahí, en una carrera por incluir más fenómenos a la agenda internacional. Dicha occidentalización recae en el papel que fungen las potencias. El grado de legitimidad de las acciones en nombre de la seguridad, por más de que sean ilegales, van en contravía de la propia arquitectura de la seguridad internacional. La invasión en marzo de 2003 a Irak por parte de Estados Unidos en nombre de la seguridad mundial por el aparente uso de armas de destrucción masiva de Sadam Hussein, las acciones de Rusia contra Chechenia, la invasión de Moscú a Georgia en 2008, el bombardeo de Washington a una base militar siria en respuesta al uso de armas químicas por parte del régimen de Al-Assad en abril de 2017 son tan solo algunos ejemplos que evidencian que el exceso de institucionalización desde los Estados fomenta mayor grado de inseguridad. Las potencias priman su noción de seguridad nacional por encima de las reglas establecidas en el concierto internacional, fenómeno que las obliga a saltarse la legalidad en busca de acciones legítimas que protejan lo que cada una entiende por seguridad.

Responder a las dinámicas de inseguridad bajo el amparo de los regímenes internacionales connota un cierto grado de legalidad y legitimidad en las acciones. Como ejemplo de lo anterior, las grandes potencias sobrepasan los regímenes internacionales en acciones unilaterales para responder a fenómenos que bajo su noción atentan contra su seguridad nacional y la extrapolan a la seguridad internacional. Sus acciones serían ilegales por no cumplir el proceso adecuado, pero podrían ser legítimas dependiendo del ángulo del que se observe.

Así las cosas, la occidentalización de la seguridad, y propiamente de la gobernanza, ha traído problemas conceptuales y estratégicos a la hora de hacer frente a las dinámicas mundiales en materia de seguridad: por un lado, las contraposiciones que el propio Occidente posee, es decir, Occidente no es homogéneo en su manera de entender las reglas de juego debido a que hay actores que fungen como arquitectos de las propias reglas, luego estos actores no se someten a lo que ellos mismos han creado. Por otro lado, el desconocimiento de la inseguridad internacional; es decir, que los problemas y las amenazas a la seguridad internacional no se gestan desde los grandes centros de poder como sucedía en las conflagraciones de los grandes imperios, incluso en el desenvolvimiento de las guerras mundiales, sino que se generan e involucran de manera protagónica a los Estados de la periferia.

Según lo anterior, las nuevas amenazas tienen correspondencia con las zonas periféricas y su volatilidad y la debilidad institucional son las que permiten la aparición y propagación de dichas amenazas; en especial lo que tiene que ver con crimen organizado transnacional, terrorismo, migración ilegal y afectaciones al medio ambiente, entre otras.

Para Mohammed Ayoob (1991) la seguridad y su conceptualización en cuestiones de gobernanza es asimétrica entre las potencias y lo que él denomina el *tercer mundo*. Estas cuestiones incluyen, en primer lugar, la aplicabilidad del concepto de seguridad como tradicionalmente se ha definido en la literatura occidental sobre las relaciones internacionales a los contextos del tercer mundo (Ayoob, 1991, p. 257), un asunto heterogéneo que debe ser analizado con detenimiento, pues si se cae en el universalismo, existe la probabilidad de gestar un caldo de cultivo de inseguridades. En segundo lugar, las variables internas que afectan a la seguridad de los Estados del tercer mundo (Ayoob, 1991, p. 258), pues dichas variables responden a lógicas institucionales, culturales, de régimen político, porosidad de las fronteras, entre otras tantas. En tercer lugar, el impacto de los factores sistémicos internacionales sobre la seguridad del tercer mundo; seguido del efecto de la tecnología de armas de finales del siglo xx en la seguridad de los Estados de la periferia (Ayoob, 1991, pá 259); finalmente la relación entre la seguridad y las preocupaciones de desarrollo de los Estados del tercer mundo (Ayoob, 1991, p. 262), una cuestión existencial en los modelos de progreso y culminación del Estado-nación.

A raíz de los ataques del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y la subsecuente guerra contra el terrorismo, el debate sobre la seguridad mundial se ha fijado en una serie de preocupaciones en relación con esta y se mantiene inmerso en la internacionalización de los fenómenos por las grandes potencias (Renner, 2006). Es decir, las afectaciones de la periferia en términos de amenazas y problemas no influyen en la construcción de una agenda global, a menos que directa o indirectamente incidan en la noción de seguridad de los centros de poder. Según lo anterior, es menester mencionar algunas críticas viables a la tradición en la gobernanza en cuestiones de seguridad y las políticas allí determinadas. Para dicho fin, Michael Renner presenta cuatro críticas que invitan a repensar la gobernanza y la seguridad internacional en el mundo contemporáneo.

Figura 2. Cuatro críticas a la seguridad en la gobernanza

La primera de ellas alude a que, en efecto, las armas no son garantes de un estadio de seguridad en el sistema internacional; si bien son necesarias para operacionalizar el uso de la fuerza, el concepto de seguridad ha trascendido al reduccionismo de la tenencia de las armas. Cuando los actores estatales armados tienen una gran capacidad destructiva, es notorio que no hay defensa efectiva (Renner, 2006) y, por tal razón, el régimen internacional del control de armas, el de no proliferación de arsenal nuclear, el de la prohibición de material biológico y químico están diseñados para sancionar a los Estados que incurran en su uso; no obstante, dichos regímenes no están creados para hacer frente a los grupos armados no estatales. El mundo era más seguro cuando se conocía quiénes poseían las armas; en la actualidad esto se desconoce y, por ende, hace que el mundo contemporáneo, a pesar de los regímenes, sea inseguro.

Por otro lado, está la crítica alusiva a que la seguridad trasciende el componente estatal; es decir, los grados de sensibilidad y vulnerabilidad responden sistémicamente a que los problemas y asuntos de seguridad son percibidos desde un enfoque multilateral e incluso institucional. El grado de interdependencia frente a los fenómenos internacionales fuerza a que los retos y desafíos en materia de seguridad sean vistos bajo las dimensiones de comunes y compartidos. Pero las clásicas visiones estadocéntricas de la soberanía hacen que haya una contradicción referente a la proliferación de los asuntos de seguridad y al grado de soberanía que se contraponen, y generan vacíos estratégicos, militares, jurídicos, institucionales y de políticas públicas. Mientras que los grupos armados ilegales, terroristas y avatares del crimen transnacional no poseen contradicciones institucionales ni su atención está en los dilemas de la soberanía, su actividad se aprovecha de los espacios vacíos que dejan los Estados y las instituciones en materia de seguridad internacional.

Otra crítica recae en que los Estados poseen una noción tradicional del concepto de seguridad. En esencia, la seguridad y el desarrollo van ligados coherentemente. Un

Estado que no es seguro no puede ser próspero ni viceversa, pero para que la premisa tenga validez en la praxis, según Michael Renner (2006), hay que tener en cuenta factores inseguritizables. Es decir, la debilidad institucional, el bajo índice de la calidad de la democracia, la fragilidad del sistema de justicia y una volátil sociedad civil generan más grado de inseguridad que la aparición de carteles de la droga. De hecho, los carteles y la corrupción tienden a aparecer gracias a lo mencionado anteriormente, mientras que si existe una robusta gobernabilidad democrática y una sociedad civil vibrante, pueden ser en última instancia más imprescindibles para la seguridad que un ejército (Renner, 2006).

Finalmente, la cuarta crítica, en concordancia con las anteriores, enfatiza en que las dimensiones no militares tienen un grado importante de influencia en los teatros de la seguridad y la estabilidad. Significa que las probabilidades de estadios de inseguridad en los Estados de la periferia están determinadas no por cuestiones de fuerzas militares extranjeras invasoras, sino por variables no militares que afectan la seguridad; por ejemplo, la competencia por la extracción de recursos, corredores estratégicos de grupos ilegales, tenencia de la tierra, resurgimiento de enfermedades infecciosas, la pobreza, la escasez de alimentos y agua, la corrupción y las instituciones débiles (Renner, 2006). Estas son cuestiones que mutan del plano militar y que comprometen la seguridad de las naciones, y si se multiplican por el número de Estados que presentan dichos problemas, el mundo estaría altamente inseguro, mientras los regímenes internacionales y la gobernanza en cuestiones de seguridad poseen una vieja noción de los problemas y las amenazas que aquejan al sistema.

Conclusiones de una seguridad insegura

Una de las grandes manías de Occidente es intentar definir su contexto. Para eso, se vale de diferentes herramientas que determinan cuestiones y patrones de comportamiento. Son nociones estandarizadas de dilemas que enfrenta, y se da cuenta de que ni sus nociones ni sus estandarizaciones reflejan la realidad del mundo contemporáneo.

Por tales razones, la gobernanza y la seguridad internacional, al parecer dos conceptos simbióticos entre sí, poseen serias debilidades en la formulación de patrones para regular el sistema internacional contemporáneo. Por un lado, está la construcción del término seguridad que se empieza a distanciar de las nociones tradicionales militaristas y polemológicas; un concepto que ha tomado gran protagonismo en las relaciones internacionales contemporáneas después del 11 de septiembre de 2001, sin olvidar su papel recalcitrante durante la Guerra Fría. La seguridad es y ha sido lo que los Estados entiendan por esta.

Por otro lado, la arquitectura de una gobernanza que matiza con regímenes internacionales para la seguridad cuestiones reactivas, es decir, el propio sistema reacciona a los problemas y asuntos de inseguridad internacional para forjar reglas de juego cuando este ha cambiado. Lo anterior es natural en la lógica sistémica, pero perjudicial para alcanzar la implementación de una gobernanza funcional.

El presente capítulo ha sido enfático en las críticas a los regímenes internacionales de manera general a los asuntos de seguridad. Responde a la necesidad de repensar los modelos y patrones en las reglas de juego, en la determinación profunda más allá del campo militar, y hacer hincapié en la multidimensionalidad de la seguridad. El problema de institucionalizar todo fenómeno es que no todos son institucionalizables; de hecho, es pertinente cuestionar si el mundo era más seguro cuando no había instituciones para la seguridad.

Referencias

- Ayoob, M. (1991). The security problematic of the Third World. *World Politics*, 43(2), 257-283.
- Barbé, E. (1987). El equilibrio de poder en la teoría de las relaciones internacionales. *Afers Internacionals*, (11), 5-17.
- Cruz, J. (2013). *El estudio de la seguridad internacional: ampliación y profundización del debate en torno a*. Recuperado de http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/44797/Documento_completo.pdf?sequence=1
- Dallanegra, L. (2007). Cambios en el sistema mundial. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, XIII(39), 9-32.
- Department of Disarmament Affairs. (1986). *Concepts of Security*. New York: United Nations.
- Flemes, D. y Radseck, M. (2012). Gobernanza multinivel de seguridad en América del Sur. *Revista Papel Político*, 17(1), 203-238.
- Kegley, C. W. y Wittkopf, E. R. (2005). *World politics: Trends and transformation*. Boston: Cengage Learning.
- Krahmann, E. (2003). Conceptualizing Security Governance. *Cooperation and Conflict: Journal of the Nordic International Studies Association*, 38(1), 5-26.

- Krasner, S. (1983). Structural causes and regime consequences: regimes as intervening variables. En *International Regimes* (pp. 1-21). New York: Cornell University Press.
- Niño, C. (2017). *El terrorismo como régimen internacional subterráneo, más allá de una lógica convencional*. Bogotá: Ediciones USTA.
- Núñez, J. y Rey, F. (2009). Los retos de la gobernanza global y el papel de España. *Documentación Social*, (154), 219-242.
- Querejazu, A. (2012). Seguridad internacional y multilateralismo: las organizaciones internacionales y la intervención en Libia. *Colombia Internacional*, (76), 111-136.
- Renner, M. (2006). State of the world 2005: redefining security. En Heinrich Boll Foundation (Ed.), *Rethinking Global Security: an African perspective* (pp. 37-62). Nairobi: Heinrich Boll Foundation.
- Strange, S. (2009). Cave! Hic dragones: una crítica del análisis de regímenes. *Relaciones Internacionales*, (12), 125-143.
- Wilkinson, P. (2007). *Una brevísima introducción a las relaciones internacionales*. México, D. F.: Oxford University Press.